

conducir de nuevo á París y en secreto á Federica, á quien tranquilizarás, pues debe de estar en zozobra. Una vez en París, vivirá contigo, y la protegerás y harás para ella las veces de madre. Nadie ¿oyes? absolutamente nadie debe saber que tú estás aquí y que ella vive á tu lado, Interin, yo proseguiré mi obra.

—¿Qué obra?

—No me interrogues.

—¡Oh!—exclamó Cristiana—¿tan horrible es lo que os proponéis, que no os atrevéis á decirme á mí que os he hecho sabedor de sucesos tan espantosos?

—La piedra de toque de mi triunfo es el misterio—dijo Julio.—Si las paredes sospechasen lo que quiero hacer, todo se vendría al suelo. Es menester que Samuel se sumerja en la más profunda tranquilidad; que no recele de nada; que, cual en lo pasado, me crea su juguete. De lo que me propongo llevar á cima, no me hablo ni á mí mismo, y aun me esfuerzo en no pensar en ello, temeroso de que no se me trasluzca en el semblante. Llegado el momento, saldrá súbito de mi corazón, como león de su cubil, y ¡ay del que se sentirá asido de la garganta!

El conde de Eberbach se detuvo como temeroso de haberse excedido.

—Basta que sepas—continuó Julio—que mi labor es doble, es decir, que al mismo tiempo que á mi familia, serviré á mi patria. ¿Y tú que me amas quisieras arrebatar me el supremo consuelo de tocar tales resultados con mis ya heladas manos? Ea, sé grande, sé inteligente, sé superior á las mezquinas consideraciones que prefieren la vida al alma; dame tu consentimiento; dime que me permites morir y prométeme que no querrás deshacerte de la existencia.

—Os prometo no matarme—respondió Cristiana,—pero no morir.

## XIX

Donde se ve que á Gamba no le asustan los espectros

Hemos dejado á Gretchen muda de religioso terror ante la aparición de Cristiana en la Boca del Infierno.

La superstición de la cabrera, el crepúsculo, que de formas tan fantásticas reviste á los objetos y por tal modo sumerge al alma en la indecisión, la presencia de la sima misma donde se precipitara Cristiana, todo contribuía á trastornar singularmente el ánimo de aquella.

Gretchen había evocado á Cristiana, y tenía ante sí el espectro de ésta, y al par que llena de terror se sentía henchida de gozo. Así es que al través del terror indecible que le causaba tan inopinada entrevista con el misterio de la muerte, sentía grande alborozo al ver de nuevo, tras una separación tan violenta y pronta, á la apacible y tierna criatura á quien se diera, á su querida señora, á su hermana mayor.

—Levántate, Gretchen mía—repitió Cristiana,—y vayámonos á tu choza, donde te lo revelaré todo.

La cabrera se levantó sin pronunciar palabra. ¡Y cómo podía haber hablado si la emoción hasta le impedía respirar! Por otra parte, ¿qué aprovechan las palabras cuando uno se las ha con espectros, si éstos leen lo que pasa en el alma de los vivos?

Gretchen, seguida de Cristiana, tomó el camino de su choza, á la cual llegaron sin haber encontrado, durante el trayecto, á persona alguna, ni un leñador de Landeck, ni una vaquera que condujese sus bestias al corral, ni un criado del castillo que viniese de desempeñar alguna comisión en la villa.

Indudablemente el espectro usaba de su poder sobrenatural para desviar las miradas de los hombres. Sin em-

bargo, Gretchen se vió obligada á modificar su opinión sobre el particular, tan pronto llegaron á la puerta de su choza.

En efecto, al umbral de ésta, y sentado en el suelo y con las piernas cruzadas, se veía el bulto de un hombre.

Gretchen, al notar al individuo, esperó que éste lo menos que haría, al percibir á la que iba en pos de ella, sería huir despavorido; pero muy al revés de que tal sucediese, el bulto, al ver á Gretchen y al espectro de Cristiana, se levantó y con toda la tranquilidad de mundo salió á su encuentro.

En el hombre que se había acercado, la cabrera conoció á Gamba.

—Buenas noches, Gretchen—dijo el gitano con el gozo pintado en el semblante y tendiendo la mano;—buenas noches, mi buena y querida prima.

Gretchen, escandalizada de esta familiaridad terrenal ante aquella que acababa de salir de la tumba, retiró la suya, y con ademán solemne señaló á Cristiana.

Gamba miró con la mayor naturalidad hacia el lado que le indicaba la cabrera, y luego, volviéndose hacia ésta, la preguntó:

—¿Y qué?

—¡Ah! no la ve—dijo entre sí Gretchen;—ya comprendo, sólo se ha hecho visible para mí.

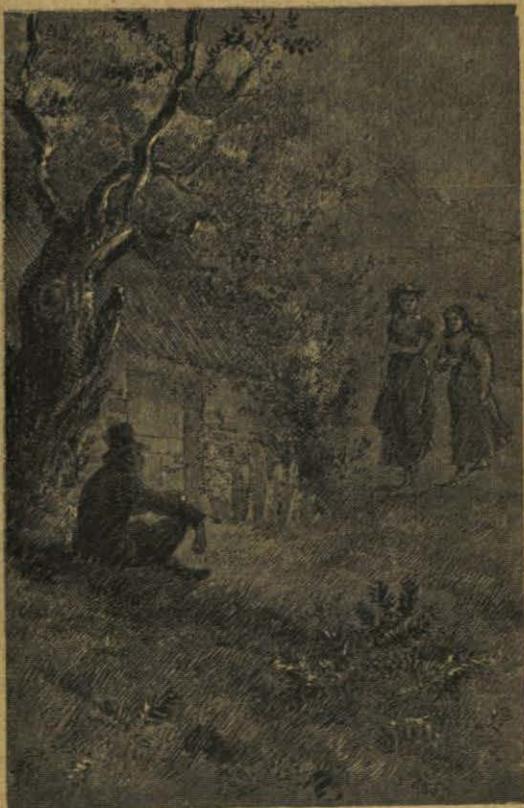
Y abriendo la puerta de su choza é inclinándose sin despegar los labios, la cabrera aguardó á que el espectro entrase.

Cristiana así lo hizo, y tras ella y sin cumplidos lo efectuó Gamba; luego entró Gretchen.

La cual, como si instintivamente juzgase que la escena que iba á desenvolverse no necesitaba de luz artificial y que la miserable claridad humana causaría agravio á los ojos de la difunta, acostumbrada al resplandor divino, no encendió lámpara ni vela. Lo único que hizo la gitana fué dejar abierta de par en par la puerta, para dar paso á los últimos vislumbres del día y á los primeros de la noche.

Gamba se había ya sentado en un taburete. Cristiana invitó con un gesto á Gretchen á que también lo efectuase, y una vez ésta hubo obedecido, ella permaneció en pie.

Por espacio de algunos segundos, en la choza reinó el más



Se veía el bulto de un hombre.

profundo silencio, silencio que interrumpió Cristiana para decir á Gamba:

—Habla.

Gretchen quedó atónita. Nada de particular tenía el que la difunta conociese á Gamba, pues la muerte es lo infinito; pero lo que colmó de admiración su vacilante espíritu fué que Gamba no se hubiese turbado al sonido de aquella voz desconocida que de repente subía hasta él desde la profundidad del sepulcro; que al parecer no le produjese otro efecto que el de la voz de un amigo; que no se hubiese estremecido hasta la médula. A bien que la Cabrera atribuyó inmediatamente la impasibilidad de Gamba á la omnipotente voluntad de la difunta.

La gitana se puso á escuchar con avidez, en el oído atento en Gamba y los despavoridos ojos clavados en Cristiana.

—¡Por fin puedo hablar!—exclamó el gitano.—¡Qué dicha! ¡Hace ya tanto tiempo que me mata el tener que tragarme las palabras! Pero ¿va de veras? ¿no vas á cerrarme la boca en cuanto empiece?—preguntó mirando á Cristiana.

—¡Y la tuteal!—dijo para sí Gretchen.

—Nada temas—respondió Cristiana;—ha llegado el día de decirlo todo.

Gamba habló pues, y lo hizo en estos términos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
C. P. 66200 MONTERREY, MEXICO

XX

#### Rélato de Gamba

—¡Oh mi querida Gretchen! os he referido ya parte de mi historia. Soy vuestro primo, lo que constituye mi dicha; soy gitano, en lo que estriba mi orgullo. Pero si creéis que esto es lo único que de mi existencia os interesa, os engañáis de medio á medio. En mi pasado tengo un montón de

cosas que os atañen muy de cerca, y por lo que os diré veréis por patentísimo modo que vos y yo estábamos destinados uno á otro y que me debéis más afecto que á un primo. ¡Vaya una ganga ser primo! ¡Eso se me da á mí de serlo vuestro! Ello me place, es verdad, pero podría pasarme perfectamente sin serlo. Otra cualidad poseo yo que reemplazará con ventaja la que envuelve este parentesco. Escuchad. Es menester que sepáis que siempre he sustentado dos manías principales: la de hacer saltos imposibles y la de cantar canciones prohibidas; lo que viene á ser lo mismo, porque los saltos no conducen sino á que uno se desnude y las canciones á que nos echen el guante.

«Ahora bien, en 1813, esto es, hace diez y siete años, me encontraba yo en Maguncia; sin saber porqué, el afán de recorrer el mundo me había hecho abandonar á mi querida Italia. Sin embargo, de no haberme movido de esta nación, no me habría sucedido lo que me ha sucedido, y como á lo que me ha sucedido debo el conoceros, de no haberme sucedido lo que me ha sucedido no os conocería. ¿Me explico? Por consiguiente hice bien en salirme de Italia, en cantar una canción contra Napoleón y en hacerme meter en la ciudadela. Como decía, me dió por cantar una copla contra el emperador de Francia; y atended que digo una; la canción tenía veinticinco; pero apenas empecé el estribillo de la primera, cuando ¡zas! siento que dos manos de acero me agarran por el cuello de la camisa y me arrastran hacia la ciudadela, que abrió sus fauces y me engulló. Por lo demás, la ciudadela aquella lo era de veras. A mí me gustan las cosas que son lo que quieren ser. Aquello quería ser una ciudadela y lo era en toda la extensión de la palabra. No necesitó decir que las ventanas estaban provistas de rejillas y que al pie de las ventanas había un foso de doce pies de profundidad; pero esto no es sino una particularidad insignificante. Al lado de allá del foso empezaban las fortificaciones, compuestas de tres filas de otros encespedados, cada uno más grande que una montaña y con su correspondiente centinela en el pico, y detrás del último otero otro foso, no menos profundo de veinticinco pies; ó lo que es lo mismo, dos fosos y tres alturas, lo que significaba que para tocar soleta era menester la friolera de cinco evasiones. El número y la altura de los pisos no fueron parte á acoquinarme, por más que la escapatoria era imposible á menos de tener alas el que quisiese llevarla á cabo; pero yo

tenía. Siempre he mirado la pesadez específica del hombre como una preocupación y como un cuento de nodriza. Una vez me hube demostrado radicalmente que un hombre no podía pensar en evadirse sin correr riesgo de romperse el espinazo, no sustenté sino una idea, la de escaparme; y es que yo, como ya os lo he dicho, Gretchen, tengo la pretensión de no ser hombre. Calificadme de vanidoso si así os acomoda; pero me anima el amor propio de crearme cabra. Siento verme obligado á confesar, que mi evasión empezó del modo más vulgar y común: me pasé ocho días en limar uno de los barrotes de mi ventana. Ya veis que hasta ahí no había para estar orgulloso de mi obra, pues un hombre habría hecho lo mismo; pero esperaos: una vez limado el barroto, aguardé la llegada de la tarde, y cuando estuvo entre dos luces, porque me era indispensable verme un poco, me dije: Ea, vamos á ver, ya que me creo un ser inteligente, una criatura que razona, si sabré hacer lo que un gato cualquiera, una bestezuela sin alma y sin estudios, según se atreven á pretender los hombres. Y para darme aliento, añadí: un gato, para arrojarle de un cuarto piso á la calle, no se mira lo más mínimo, y eso que tiene cuatro patas, en tanto que yo no tengo sino dos, lo que disminuye á la mitad el riesgo de quebrarme una. En dirigiéndome á mí mismo esta exhortación elocuente y severa, me encaramé con presteza al borde de la ventana, arranqué diligente el barroto, y sin dar al primer centinela el tiempo de verme, tomé aliento y me precipité en el primer foso. Al silbo que produjo la rapidez de mi vuelo al través del espacio, el centinela se volvió sobresaltado; pero ya yo había salvado la primera escarpa; así que, más para avisar á sus compañeros que no en la vana esperanza de darme alcance, disparó hacia mi lado un tiro que pudiera muy bien habérselo ahorrado. Excuso deciros que en el momento que salté la escarpa, el centinela de la segunda plataforma pasaba precisamente por debajo del sitio en que salté, de modo que me bastó modificar insensiblemente la dirección de mi impulso para caer súbitamente sobre sus hombros y dejarle pegado en el suelo, con la culata del fusil incrustada en el estómago y besando de tal modo su bayoneta, que los periódicos pretendieron que había dejado tres dientes engastados en ella. Al caer el centinela ese, se le disparó el fusil, y la bala por poco mata al de la tercera plataforma, que en aquel momento me estaba encarando su arma y que gracias á la sacudida involuntaria que

le hizo experimentar el proyectil que pasó silbando á sus oídos, erró el tiro. En esto me encontraba yo en el borde del segundo foso, única dificultad, si bien la mayor, que me faltaba vencer para verme libre. Y digo que era la mayor, porque además de tener que dar un salto de veinte pies, el último centinela, puesto sobre aviso por los disparos de los demás, estaba allá, al otro lado del foso, con la bayoneta en ristre, pronto á espetarme; lo que para mí constituía una perspectiva que maldita la gracia que me hacía. He tragado sables más de una vez, pero bayonetas ninguna, sobre todo cuando al final de la bayoneta hay un fusil. ¡Bah! por más que digan, la educación nunca es completa. Uno cree estar al tanto de su arte, y cada día descubre que ignora los elementos más esenciales. Hay quien se pasa diez años entregado al estudio y al trabajo, y durante ellos se desloma, y á lo mejor advierte que no es capaz de tragarse una ruina bayoneta. Pero entonces no reflexioné así, pues no había para qué ni que retroceder. Como me hubiesen cogido, me habrían sepultado en una mazmorra, en una hoyo de las que hay debajo de los fosos, en un pozo donde me hubieran encadenado para toda la vida. ¿Sabéis lo que me dije en aquellos instantes supremos? pues me dije: morir falto de aire y de libertad, en una cárcel, yo, salto hecho hombre; yo, gamo; yo que, cuando no me fuera dable saltar y bailar, me vendería para termómetro, tanto es el azogue que corre por mis venas; morir en cárcel perpetua, ó perecer luego de un bayonetazo, prefiero esto último, pues padeceré menos. Encomendéme, pues, á Dios y á mis músculos, y haciendo un prodigioso esfuerzo para salvar el foso, no evadí la bayoneta, sino que me arrojé á ella. El centinela me dejó venir riendo á la idea de que iba á ensartarme como una sortija en los caballitos de palo; pero cuando la tuve á mi alcance, tendí rápidamente la mano y pude cogerla y apartarla de mí, mas no esquivando por completo el golpe. El soldado tenía buenos puños, y sentí el acero desgarrar mi piel, aunque de refilón, lo que quiere decir que todo paró en un rasguño. Olvidábaseme decir que el golpe que di fué tan recio, que la bayoneta quedó torcida. Entonces y más rápido que el rayo eché una zancadilla de rechupete al centinela, que cayó rodando por la blanda hierba, y al levantarse para dispararme un triste tiro que despavorió á un pobre gorrión que se había instalado en una rama para pasar la noche, me encontraba yo á más de cien pasos de distancia. Ya empieza

á aburrirme lo que me pasa, me dije, no puedo mover los pies que no me festejen con salvas. ¡Basta, militares! estáis gastando inútilmente la pólvora de vuestro emperador. Entiéndase que tal iba yo diciendo mientras me daba prestamente con los carcaños en las posaderas y oía á mis espaldas gritos, llamamientos á los centinelas, redobles de tambor y todo el ruido que puede meter una ciudadela humillada. Pero ¡bah! ya estaba yo muy lejos. Ahí cómo un hombre animoso y elástico es siempre dueño de su libertad.

Al llegar aquí Gamba se detuvo como para saborear por un instante el efecto que su arrojo y su agilidad debían haber producido en Gretchen; pero ésta no apartó de Cristiana los ojos. Para ella, todo el interés estaba en la repentina reaparición de aquella á quien tanto había querido y llorado.

El espectro permanecía silencioso y dejaba á Gamba en el uso de la palabra. Era, pues, indudable que éste, obedeciendo á la voluntad de la singular visión, iba á explicar el misterio que tan sobrecogida tenía á la Cabrera; la cual aguardaba que el narrador pronunciara el nombre de Cristiana para prestar oído atento.

Por su parte, Cristiana dejaba que Gamba se desfogase en aquel flujo de palabras y se entregase por entero á su fogsidad natural; justa compensación al largo silencio que ella le impusiera. Una hora de charla era lo menos que podía conceder á cambio de diez y siete años de mudez.

—Me encontraba ya fuera de la ciudadela—prosiguió Gamba,—pero no de Alemania, y por consiguiente podía verme cogido de nuevo á lo mejor. Mi agilidad y mi presencia de ánimo me salvaron en el instante decisivo. Corrí de un aliento hasta la aldehuela de Zahlbach, adonde quince días antes, en la mañana misma del día en que me hice apriesonar tan neciamente en Maguncia, había dejado yo mi cochecito y mi vieja y tuerta yegua, mis ordinarios arbitrios de transporte; que era costumbre mía dejarlos en las aldeas más próximas á las ciudades adonde yo iba, á fin de pagar menos. Era ya noche cerrada cuando, medianamente jadeante, llegué á la puerta de mi hostería. Los ladrones no dejan de tener gracia; y digo esto, porque mi posadero lo era, pues sabedor de mi prisión y juzgando allá en las profundidades de su raciocinio que yo no necesitaba de caballo y coche para pudrirme en los calabozos, había vendido mi

calesín y mi yegua. Cuando entré en el patio, el maldito iba precisamente á entregarlos al comprador, de modo que el calesín estaba ya enganchado. La avidez de aquel sujeto me vino de perlas. Puse una cara lo más hosca que me fué posible, y como al través de mis saltos mortales y de otras contrariedades había salvado cinco ó seis doblones que en mi traje llevaba cosidos, satisfice mi deuda y partí al trote corto; pero no bien hube doblado la esquina, lancé mi yegua á escape. ¡Ah! en las contadas palabras que crucé con el posadero, cuidé, para desviar toda sospecha, de decirle que me habían devuelto la libertad con tal que me saliera de Maguncia inmediatamente. Además, le compré algún condumio para mí y para mi yegua, ya que, á mi ver, esto no podía inspirarle ninguna duda, máxime cuando no hay posadero á quien se la inspire el dinero que le dan. Durante toda la noche conduje mi yegua á escape, y cuando clareó me detuve en una frondosa hondonada, en la que por precaución pasé todo el día. Gracias al heno y al pan que me había llevado de Zahlbach, pudimos, mi yegua y yo, dispensarnos de ir á mostrar nuestra jeta por las aldeas donde habríamos estado expuestos á un mal encuentro. Por la noche anudé la marcha, para detenerme, durante el nuevo día, desviándome de carreteras y poblados, no transitando sino por senderos, bosques y terrenos fragosos, y aun cuanto posible de noche. Al tercero día y pareciéndome que me encontraba ya bastante lejos de Maguncia, fuí un poco más osado, y me quedé en una torrentera dormitando hasta muy entrada la mañana. En un tris estuvo como no pagué cara esta imprudencia. Al revolver de un seto, me encontré de manos á boca con un burgomaestre curioso que me pidió mis papeles; al cual burgomaestre le respondí espetándole un discurso en italiano lleno de locuacidad y en el que el representante de la ley pareció no ver sino pura chispa. El burgomaestre, que no comprendía el italiano, se caló los anteojos, y como estimé que no me convenía aguardar á que el mencionado individuo hubiese aprendido mi lengua, arrimé con todas mis fuerzas un latigazo á mi yegua, que partió disparada y hubiera aplastado á mi detenedor á no haber éste huído inmediatamente el cuerpo. Cuando el burgomaestre se repuso de la emoción que le causara el peligro que había corrido su preciosa vida, ya yo estaba lejos; no tanto, sin embargo, que no llegase á mis oídos la amenaza que aquél me hacía de soltar á mis alcances

los gendarmes de á caballo. El peligro era inminente; aguijé, pues, con la tralla y con la voz á mi pobre yegua y me interné resueltamente en un terreno cubierto de rocas y senderos intransitables, por los que es indudable que no ha pasado nunca otro coche que el mío y á los cuales era probable que no fuesen á buscarme los gendarmes. Al través de los mencionados andurriales vine á salir á una comarca para mí desconocida en aquellos tiempos y que no es otra que ésta...

Gretchen empezó á interesarse en el relato.

—Todo el día y toda la noche—continuó Gamba—caminé al través de breñas y derrumbaderos, dirigiendo continuamente hacia atrás miradas desfavoridas y pareciéndome á cada instante ver surgir la monstruosa cabeza de un gendarme. La noche tocaba á su fin, y ya algunas ráfagas de blanquecina luz iluminaban á trechos el espacio, en el que las estrellas iban amortiguando su brillo, cuando prontamente me estremecí y detuve á mi yegua: acababa de ver ante mí una forma humana que venía corriendo hacia donde yo me encontraba. Naturalmente, de buenas á primeras la tal forma humana se me antojó que era un gendarme, y me refugié tras una roca; pero no oyendo el pisar de caballo alguno, saqué poquito á poco la cabeza y vi que la forma humana, que se había acercado, no era sino una mujer, una mujer en desorden, con los cabellos sueltos y gesto de desesperación: un como espectro blanco.

—¡Acabad pronto!—interrumpió Gretchen, con el corazón oprimido.

—¡Ah!—exclamó Gamba—ya os he dicho que mi relato acabaría por interesaros. Ahora sí vais á escucharme. Como decía, aquella mujer se iba acercando corriendo desalada y sin verme, cuando al llegar á pocos pasos de mí, se detuvo, levantó con gesto lúgubre las manos hacia el cielo, se arrojó al borde del camino, murmuró algunas palabras que no oí, dió una gran voz, tomó carrera y desapareció. Yo, al ver la acción de la desconocida, salté rápidamente de mi calesín y eché á correr en pos de ella. El camino, en el sitio donde la mujer acababa de desaparecer, estaba cortado por un precipicio á pico, en el que yo no había reparado desde luego. Entonces me incliné sobre el anchuroso boquerón de la inmensa sima, y á mi vez proferí también un grito. La desdichada no había rodado hasta el fondo.

—Aprisa, aprisa—repetió Gretchen febrilmente.

—Un árbol joven y robusto que brotaba en el declive mismo de la sima, por milagro había detenido la caída de la desventurada. Cogida de los pies en alguna raíz, con la espalda apoyada en el tronco del árbol y un brazo metido entre las ramas, el flexible y pobre cuerpo de aquella pendía doblado y desvanecido sobre la muerte. ¿Cómo salvarla? Saltar en el árbol á horcajadas, nada significaba para mí; pero, ¿y subir del abismo con aquel peso? Por fortuna traía yo en mi calesín una cuerda con nudos que me servía para el juego de cucaña. Fuí, pues, por ella volando, y al mismo tiempo tomé una como faja que también me servía para mis ejercicios de fuerza. Ahí lo que hice con dichos objetos: escogí una robusta raíz que había en el borde del abismo, até á ella un cabo de la cuerda con nudos, y asiendo del otro cabo con la diestra, me lancé bravamente al espacio.

—¿Y qué pasó?—preguntó Gretchen con voz jadeante.

—No necesito decir que caí con ligereza y garbo á caballo sobre el árbol. Sin vanidad quedé satisfecho de mí y me hice la justicia de confesarme á mí mismo que mi educación no había sido tan incompleta como eso; lo cual me consoló un poco de no haber aprendido á tragar bayonetas y fusiles. Una vez en el árbol, lo primero que hice fué asir de la mujer, pues por momentos iba creciendo mi temor de que no resbalase; luego me la eché sobre mi brazo y hombro izquierdos y la sujeté fuertemente con mi faja. La desventurada no opuso resistencia alguna; más parecía un fardo que no una mujer. Hasta entonces nada se había adelantado; lo dificultoso era subir. Yo continuaba con la mano derecha agarrada á la cuerda. ¡Ah! en verdad os digo que no era empresa tan fácil de subir de nuevo con una mujer cargada en hombros y no pudiendo valerme sino de una sola mano. Todo consistía en no soltar la cuerda ni á la mujer. Encomendé mi alma á todos los santos de la corte celestial, apreté con los pies el último nudo de la cuerda, agarré con la diestra el nudo más alto á que pude llegar, y, soltando el árbol, me fuí abandonando poco á poco al vacío. Por fortuna aquella pobre mujer estaba desmayada, de lo contrario hubiera visto á sus pies un precipicio horrendo. ¡Voto á mil acróbatas! Yo, que tengo la piel del corazón más que medianamente impermeable, confieso vergonzosamente que por espacio de un segundo me sentí

horripilado. La raíz á la que atara yo la cuerda, al inesperado doble peso se doblegó y cedió á la primera sacudida; pero se repuso de su ruin flaqueza y se mantuvo firme. Entonces fué la cuerda la que me inspiró temores: al primer esfuerzo que hice para encaramarme un nudo, ésta se estiró y crujió, cual si la sujetaran á un esfuerzo superior al que podía soportar. ¡Pobre mujer! me dije en aquel instante, convencido de que la cuerda iba á romperse.

—¡Oh buen Gamba!—exclamó Gretchen con lágrimas en los ojos.

—Pero ¡bah!—continuó el gitano—la cuerda era robusta como la raíz, y mis músculos no les cedían. Me encaramé, pues, como una ardilla, sin atropellarme, con viveza y suavidad, y un minuto después, si es que el tiempo puede medirse en tales circunstancias, senté el pie en firme, desaté la cuerda y deposité mi hallazgo en mi calesín. Ahí cómo saqué del abismo á la señora Cristiana.

Gretchen se levantó con la mirada fija y el gesto extrañado, se fué hacia su antigua amiga, le tocó la mano para cerciorarse de que ésta no era un espectro, y cuando hubo sentido el contacto de la carne y asegurándose de la realidad, se arrodilló llorando y besó la fimbria del vestido de la resucitada. Luego, sin levantarse y con voz entrecortada por la emoción, invitó á Gamba á que continuase su relato.

—Estoy al principio del fin—dijo el gitano.—Cristiana estaba salvada, pero no yo; al contrario, mi buena acción me ponía en inminente riesgo de que me encarcelasen por el resto de mis días: porque, ¿qué iba yo á hacer con aquella á quien acababa de sacar del abismo? Llevármela desmayada, traquearla, era peligroso, máxime cuando podía necesitar de médico. Por otra parte, conducirla á poblado para que cuidaran de ella, era meterme en las fauces del lobo, quiero decir, precipitarme en las garras de la policía, que no se hubiera mostrado muy agradecida á mi agilidad. Me hallé, pues, más apurado en tierra firme que no lo había estado en el elemento de los pájaros. Sin embargo, yo, que contemplara á aquella pobre criatura y la viera tan joven y tan hermosa, obedeciendo á mi eterna norma de que más vale una mujer bonita que no un hombre feo, me dije: antes vayan á la cárcel todos los Gambas del mundo que no á

la sepultura una joven como esta. Y me lancé en busca de una aldea, fuere la que fuese. Como los de mi oficio saben todos de qué se las han en achaque de fracturas y de brazos dislocados, durante el camino examiné á la joven para averiguar si tenía roto algún miembro; pero con verdadero gozo advertí que no había sufrido el más mínimo descabro en su cuerpo ni recibido lesión alguna grave. El pasmo era lo que la turbaba los sentidos. Su traje, al engancharse en los árboles, había amortiguado la sacudida.

»A fuerza de buscar aldeas se las halla; así pues, no tardé en vislumbrar una que, si no me engaño, debía ser Landek. Iba á entrar en ella, con el gesto lastimero de quien penetra en una mazmorra, cuando prontamente sentí que el corazón de la joven empezaba á latir de nuevo. Confieso que al hacer tal observación experimenté un raptó de alegría; porque como ella se repusiese sin el auxilio de los médicos, para nada necesitaba yo ir á entregarle voluntariamente á la gendarmería imperial. Di, pues, con las riendas en la grupa de mi yegua y me interné á escape en la montaña. Una hora después la joven había recobrado por completo la razón; pero digo mal, veía, mas únicamente con los ojos, pues hablaba por modo incoherente. De la boca le salía un chorro de palabras de las que apuesto no hubierais comprendido jota.

»—¡Hijo mío!—murmuraba.—Julio... ¡Perdón! Ese Samuel... Estoy en el infierno...

»Luego, mirándome, me decía:

»—Os conozco; sois el demonio.

»Pues bien, tanto si me creéis como no, os afirmo que en aquellos momentos tales palabras no me daban que reír, pues veía claro que, si no descabrado miembro alguno, la sacudida le había perturbado la razón. Estaba loca.

—¡Loca!—exclamó Gretchen.

—Sí—dijo Gamba,—loca como un pobre animal inocente; y loca permaneció por espacio de mucho tiempo. Durante los primeros días, tal estado no me causó incomodidad alguna. La infeliz carecía de voluntad, dejaba que yo hiciese, no me molestaba para nada, ni me preguntaba por qué con preferencia á los caminos reales tomada yo por los senderos. Para ella todo era uno: viajar de noche, detenerse, andar, comer, no comer. Si le decía que se callase, enmudecía; si le ordenaba que comiese, lo hacía. Obedecía ma-

quinalmente, con indiferencia, resignada. Un niño no hubiera sido tan dúctil. De esta suerte y al través de mil peligros y otras tantas zozobras pude regresar á Italia; y si bien en ella imperaba también Napoleón, habían perdido mi pista. ¿Ni cómo hallar en aquel inmenso imperio una miserable gota de agua como yo? Un año antes se me había muerto mi hermana Olimpia, poco más ó menos de la edad de Cristiana. Así es que al preguntarme la gente quién era la mujer que me acompañaba, respondí que mi hermana, y como nunca más volvieron á interrogarme respecto del particular, desde entonces fuí su hermano. Ni por un instante me aparté ya de Cristiana. Para alimentarla, digo mal, es jactancia mía el hablar así; para alimentarme y divertirme, lucía mis dotes acrobáticas en las plazas públicas y también cantaba algunas canciones. Cristiana, sin que yo la hubiese instado una sola vez, en ocasiones entonaba asimismo cantos singulares que aprendía no sé dónde y atraían gran concurso de gente en torno nuestro. La pobre parecía no ver á la multitud ni oír los aplausos; cantaba solamente para sí; pero los transeúntes se aprovechaban de semejantes circunstancias, y también nuestra bolsa. Nunca me había visto yo tan rico; lo cual demuestra que salvándola no obré sino como un egoísta y que por mi acción no me debe gratitud alguna. Interin, Cristiana iba recobrando paulatinamente la razón; empezaba á creer que no estaba tanto como eso metida en el infierno, y á ver que si yo era el diablo, á lo menos era un diablo bueno.

»A puro llamarme hermano, me puso una amistad fraterna.

»Yo me sentía dichoso; la vida que llevábamos era la verdadera, al aire libre, en las calles, ella cantando y yo bailando en la maroma.

»Cristiana, empero, á quien á medida de la razón se le refrescaban también las preocupaciones hijas de la educación que se da á las muchachas, no hallaba muy del caso que una joven cantase en las encrucijadas y en las tabernas; y de ahí que las miradas y las palabras de la multitud la coartasen. Ello no obstante no acertaba á romper con una existencia de la que se avergonzaba.

»A Cristiana se le había desenvuelto un gusto desconocido hasta entonces para ella: la pasión por la música. Poner su alma en la voz, como yo la pongo en las piernas,

hacer participar de su emoción á la multitud, era para ella un gozo del que no podía privarse; y es que nosotros los artistas, odiamos al público, hablamos mal de él, le insultamos; pero como vos de vuestras cabras, Gretchen, le necesitamos. Nuestros espectadores son nuestras bestias. Cristiana estaba en una situación indecisa, atraída, de un lado, por sus preocupaciones de la infancia, y del otro por sus instintos de artista, cuando, por el más feliz de los acasos, pasó un director de teatro, se detuvo, quedó maravillado de la voz de aquella y le propuso contratarla. Desde entonces no había que vacilar; no se trataba ya de la calle y del populacho, sino de triunfos y adoraciones, de la gloria y del numen. De esta suerte fué como Cristiana llegó á ser una gran cantatriz, que tanto vale como una dama encumbrada.

»Y se acabó, Gretchen — dijo Gamba;—sabéis ya cuanto tenía que manifestaros.

—¡Señora! ¡sois vos! ¡viviente!—murmuró la cabrera con voz entrecortada, fijando en Cristiana los ojos, henchidos de lágrimas y de gozo, y no acertando á pronunciar otras palabras.

—Sí, soy yo, pobre Gretchen mía — profirió Cristiana;—abrázame.

—¡Viviente!—repitió la cabrera levantándose y echando los brazos al cuello de la artista.—Sin embargo, Dios es testigo de que para mí nunca habéis estado muerta.

—Lo sé—dijo Cristiana.

Por espacio de algunos segundos aquellas dos mujeres estuvieron silenciosa y fuertemente abrazadas.

—¿Y yo?—exclamó el gitano, olvidado en un rincón.

—Algo merece el pobre Gamba—dijo Cristiana.

—Una demostración de la señorita Gretchen por haberle conservado á aquella á quien tanto quiere.

—Tenéis razón—profirió la cabrera, separándose de Cristiana y abrazando al gitano, que se puso á llorar de alegría; luego hizo una señal de inteligencia y de intimidad á éste, á quien dijo:—Ya volveremos á hablar de nosotros.—Y por último, volviéndose á Cristiana, añadió:—Pero ocupémonos ante todo en vos, mi querida ama. ¿A qué se debe vuestra presencia aquí? ¿Sabe el señor conde de Eberbach que estáis viva?

—Sí, lo sabe, y él es quien me ha dicho que me viniera.



Estuvieron silenciosa y fuertemente abrazadas.

- ¿Para qué?  
 —Para llevarme conmigo á su mujer.  
 —¡Su mujer!—murmuró Gretchen, cuyo gozo se aguó repentinamente á tal recuerdo.—¡Oh Dios mío! ¡Si vos supieseis! ¡es espantoso!  
 —¿Qué quieres decir?—preguntó Cristiana.—Puedes hablar delante de Gamba sin temor alguno. ¡Ay! en realidad es dolorosa nuestra situación. Tú quieres decir que Federica es la esposa de mi marido.  
 —¡Si no fuese más que eso!—exclamó la cabrera toda trastornada.  
 —¿Qué más hay? di.  
 —Federica...  
 —¿Qué?  
 —¡Es vuestra hija!  
 —¡Mi hija! ¿Pero no murió?  
 —No; la entregué á Samuel; la salvé para la perdición de nuestras almas.  
 —¡Hija mía! ¡quiero ver á mi hija!—exclamó Cristiana.

## XXI

### Madre é hija

La primera voz de Cristiana había sido: «¡Quiero ver á mi hija!» Su primer arranque volar al castillo. Gretchen había seguido á Cristiana; Gamba á Gretchen. Cristiana era pábulo de una conmoción indecible. ¡Aquella niña á quien ella creyera muerta, á la cual no había conocido, que puede decirse dejara de existir antes de nacer, vivía!  
 ¡Conque mientras ella se creía sola en el mundo, y cantaba en los teatros, é iba de ciudad en ciudad arrastrando su aislamiento al través de la muchedumbre, y daba su

alma á todos, no teniendo nadie á quien dar su vida, tenía una hija, podía haber sido madre, siendo así que se había hecho cantatriz no pudiendo ya ser mujer! Pero ¡en qué terrible situación encontraba á su hija! ¡casada con el hombre que la llevara á ella á los altares!

Sin embargo, Cristiana seguía corriendo en dirección al castillo.

De pronto, empero, la detuvo una reflexión. ¿Qué iba á decir á Federica? De declarar á ésta que era su madre, como la joven no podía tardar en saber que Olimpia era Cristiana, condesa de Eberbach, era hacerla sabedora de que casara con el marido de otra y, más horrible aún, que había tomado por marido á quien podía ser su padre.

Además, era indudable que Federica interrogaría con avidez á su hallada madre; y en este caso, ¿sería menester revelar todo lo pasado, explicarle los crímenes y las desdichas que la arrojaran en tan crueles peripecias, despavorir á aquella alma pura y virginal con el relato de las monstruosas infamias de Samuel Gelb, relato espantoso que tendría por conclusión esta frase horrenda: ese demonio es quizá vuestro padre?

¿Por qué trastornar la casta ignorancia de su hija con la duda tremenda que la venciera á ella y la precipitara en la Boca del Infierno?

En aquella lúgubre confusión de desventuras y de crímenes que había turbado y separado la vida de tantos seres nacidos para amarse, la Providencia, prosiguiendo incansablemente su obra, como río de cristal bajo rocas diformes, había preservado milagrosamente la inocencia de Federica.

Educada ésta por Samuel, casada con Julio y amada de Lotario, no tenía una mancha, una salpicadura, una sombra en su límpida y seductiva frente. ¿Debía, pues, Cristiana ser la que le revelase el mal, que ella no conocía sino de nombre? Lo menos que la joven merecía era que, mimada por el amante, por el marido y por el monstruo, lo fuese también por su madre.

—Estáis reflexionando y sufriendo, señora—dijo Gretchen á Cristiana.

—No, ya he tomado mi determinación—dijo ésta respondiendo, al par que á la pregunta, á su propio pensamiento.—Es menester que Federica nada sepa.

Cristiana echó á andar de nuevo y con mayor resolución.

Y sin embargo, encontrar de nuevo á su hija, á los diez y siete años, hermosa, mujer ya, pura, con los ojos saturados de luz y lleno de ternura el corazón, y verse obligada á cerrar los labios cuando á éstos no acudía sino una frase: «¡Mi hija!», y á cruzar los brazos siendo así que le bastaba con abrirlos para estrecharla entre ellos, ¿no era un esfuerzo superior al poder humano? ¿Podría refrenarse Cristiana? ¿Gesto, ojos y lágrimas no hablarían por ella aun cuando la lengua callase?

Como quiera que sea, á Cristiana le quedaba el recurso de probar.

Al llegar á pocos pasos de la verja del castillo, la madre de Federica se detuvo otra vez, y volviéndose hacia Gretchen y Gamba, dijo:

—No digáis quien soy; únicamente yo me reservo el nombrarme si veo que es necesario hacerlo.

—Nada temáis, señora—contestó la cabrera.

—Por lo que á mí reza—profirió el gitano,—sé callarme. Por lo demás, como no necesitáis de mí arriba, os aguardaré aquí, á la luz de la luna; que sería necedad tocarme con un techo cuando puedo echarme por montera el espacio.

Interin, Gretchen había llamado y el portero abierto la verja y respondido, á la pregunta que aquélla le dirigiera, que era tarde y muy posible que la condesa de Eberbach se hubiese ya acostado.

—Se levantará—repuso Gretchen, encaminándose, en compañía de Cristiana, hacia la escalinata, y dejando á Gamba en el camino.

La esposa de Hans acudió al llamamiento de las dos mujeres, las cuales penetraron en el castillo.

En efecto, Federica acababa de cenar y recién había subido á su cuarto; pero la señora Trichter, por quien preguntó la cabrera, se encargó de pasar recado á su ama.

La señora Trichter bajó otra vez, é hizo subir á Gretchen y á Cristiana al saloncito contiguo al dormitorio de la condesa.

No hacía un minuto que en él estaban las dos amigas y que la señora Trichter las había dejado, cuando se presentó Federica, inquieta por lo que podían querer de ella y toda conmovida.

Pero la que de veras estaba trastornada era Cristiana. Y

se comprende: veía por la primera vez á su hija, á los diez y siete años. Dios la había privado de la niña para darle una mujer.

Cristiana no había tenido su hija á su lado día tras día, ni vstola desarrollarse paulatinamente hasta convertirse en lo que era, sino que de improviso se le presentaba ésta en la plenitud de la vida.

¡Cómo! ¡aquella criatura noble y cabal era su hija! ¡Ah! su pobre corazón no tenía fuerzas para soportar semejante pensamiento, gozo tan profundo.

Cristiana permanecía muda, pálida, con el corazón henchido de lágrimas, fijos en Federica los ojos, llenos de admiración por lo presente y de desesperación por lo pasado. ¡Qué inmenso dolor sentía, al través del gozo de haberla encontrado, al recordar los acontecimientos que la habían separado de ella!

A Federica, al principio, la hizo sufrir la mirada, al par que gozosa, triste de Cristiana, pues en ella adivinó un misterio. Así, animándose á romper el silencio y en tono que solicitaba la explicación de aquella visita á semejante hora, dijo:

—¿Señora?

Cristiana no respondió.

—Gretchen me ha hecho transmitir el recado de que vos teníais que hablarme—prosiguió la joven.

—¡Oh? sí—profriró Cristiana;—tengo que hablaros, pero antes dejad que os contemple. ¡Sois tan hermosa!

Federica, turbada, guardó silencio por espacio de algunos segundos; luego hizo un esfuerzo para preguntar:

—¿Quién sois? ¿Qué teneis, señora, que al parecer estáis tan conmovida?

—¿Quién soy?—respondió Cristiana con arranque de ternura; pero reprimiéndose inmediatamente y continuando con más tranquilidad, añadió:—Soy la persona que os anuncia la carta del conde de Eberbach.

—¡Ah!—exclamó Federica—¿sois vos, señora, la que venis á buscarme para conducirme de nuevo á su lado?

—La misma.

—Bien llegada seáis entonces. El señor conde me dice en su carta que os escuche y os respete como á él mismo. ¿Y cómo está de salud el conde? ¿Por qué no ha venido personalmente?

—Está mejor y se repondrá del todo en cuanto os hayáis reunido nuevamente á él—respondió Cristiana.—El tener que dar remate á un asunto de importancia le ha vedado ponerse en camino. A no ser esto, la fatiga ni la enfermedad le habrían retenido lejos de vos; pues ya que él no puede salir de París, me ha rogado que viniese yo en su lugar.

—Perdonad mi indiscreción, señora—dijo Federica,—pero como el conde se ha descuidado de decirme en su carta quién sois vos, ignoro con quién tengo la honra de hablar.

—Me llamo... me llaman Olimpia.

—¡Olimpia!—exclamó Federica.—¿Sois por ventura la célebre cantarina de que algunas veces me ha hablado el señor Samuel Gelb?

—Sí.

—Nuevamente os pido perdón, señora; pero según el mismo señor Samuel Gelb me ha dicho, el conde de Eberbach os ha amado.

—En otro tiempo no digo que no—profriró Cristiana;—mas ¡hace de esto tantos años!—añadió dirigiendo una mirada de melancolía á las paredes del saloncito donde se encontraban.

—El señor conde os ha amado algunos meses antes de nuestra boda—repuso Federica, cuyo rostro tomó al punto una expresión de tristeza y constricción.

—¿Qué tenéis?—preguntó Cristiana.

—Soy joven y neófito en las lides de la sociedad, señora; pero perdonadme que os pregunte: ¿no se admirará la sociedad, de que precisamente seáis vos á quien ha elegido el conde para venirme á buscar y conducirme de nuevo á su lado, á mí, que soy su esposa?

—¡Ah! ¡dudáis de mí!—exclamó Cristiana herida en el corazón.

Por el alma de Federica cruzaban sospechas confusas. La joven recordaba la impresión que experimentara al leer, por la mañana, la carta del conde, en la que éste la tuteaba por primera vez. Semejante tuteo, en el que ella creía entrever la familiaridad del marido, y el haber enviado en su busca una mujer que, si no la amante del conde, á lo menos había sido amada por éste, y que en definitiva era actriz, batallaban en el ánimo de Federica y le inspiraban un desasosiego indecible.

—¿Nada me decís?—profirió Cristiana.—¿Así pues, receláis de mí?

—Perdonadme, señora; pero ¿quién me responde de vos?

—Yo—repuso, avanzando Gretchen, hasta entonces espectadora muda de tan penosa escena.

—¿Vos?—dijo Federica entre esperanzada y temerosa.

—Yo, sí—prosiguió Gretchen, que tal vez comprendió los recelos de la joven;—yo, que he velado por vos desde que vinisteis al mundo; yo, que tan largos viajes he efectuado á pie para ver por espacio de algunos minutos vuestro semblante; yo, que sé quien sois vos y quien es la señora.

—Pues bien—arguyó Federica,—si vos lo sabéis, os ruego me lo digáis.

—No puedo—contestó Gretchen.

—Entonces no lo sabéis—profirió la joven haciendo un gesto de tristeza,—ó no tenéis grande empeño en que os crea á las dos, pues en una palabra podríais convencerme y os resistís á decírmela.

—Hay secretos de los que no somos dueños—dijo Gretchen.—En nombre de vuestra dicha, creedme á ciegas.

—Pero ¿y la carta del señor conde de Eberbach?—objetó Cristiana.

—Nada dice—respondió la joven.—Demás, ¿sé yo el imperio que podéis ejercer en él? ¿adónde queréis conducirme? ¡Oh! más me hacen sufrir á mí mis recelos que no á vos; no son propios de mi carácter. Si os ofende en este caso mi conducta, señora, lo deploro vivamente, pero haceos cargo de que en nada me ilustráis. Dícnme que tengo enemigos, y como estoy sola, abandonada, lejos de cuantos me aman y protegen, me veo obligada á precaverme contra lo que me incitan que haga.

Cristiana, que vió, aterrorizada, desvanecerse sus esperanzas y su gozo, dijo con voz del alma:

—¡Ay! nunca presumí que tal fuese nuestro encuentro. Imaginé que con sólo ver mi rostro y oír mi voz, en vuestro pecho se habría despertado algo, en vuestro corazón estremecíose un instinto y vuestros brazos abiértose de suyo. Esperé que al colocarnos una enfrente de otra, al obrar el doble milagro de resucitarnos á las dos, al romper, para acercarnos, la losa de un sepulcro, la divina Providencia no levantaría entre nosotras una muralla más dura é inflexible que el granito de las tumbas: la desconfianza.

—¿Qué queréis decir?—preguntó la joven, enternecida por el acento con que Cristiana pronunciara estas para ella incomprendibles palabras.

—Escuchad—prosiguió la desventurada madre, mientras fijaba en Federica una mirada henchida de ternura y le resbalaba el llanto por las mejillas.

Para el pobre corazón de Cristiana era demasiado. Háblala sido ya asaz penoso el constreñirse á contemplar á su hija sin poder cubrirla de besos; pero era superior á sus fuerzas el permitir que ésta sospechase de ella y la despreciase y la aborreciese.

—Escuchad lo que voy á deciros—profirió la afligida mujer.—Mi corazón rebosa. No puedo consentir que sospechéis de mí; me es demasiado doloroso. Una vez os haya hablado, veréis que es imposible. Vos dudáis de la palabra de Gretchen, y sin embargo, ésta debe haberos dicho que había conocido á vuestra madre y que os hablaba en su nombre.

—¡Mi madre!—repuso Federica—nunca ha querido Gretchen decirme cómo se llamaba.

—¿Y como viniese vuestra madre misma?...

—¡Qué! ¡mi madre está viva!—exclamó Federica estremeciéndose.

—Dado que así fuese—prosiguió Cristiana,—y ahora se presentase á vos personalmente, y os dijese qué debéis hacer, ¿recelaríais también de ella?

—¡Oh! señora—profirió Federica estremeciéndose hasta lo íntimo de su ser,—compadeceos de mí, no me deis un gozo mentido, pues soy demasiado joven y me mataríais. Si viniese mi madre, haría de mí según su voluntad; bastaría un gesto suyo para que, colmada de dicha, la obedeciese yo á ciegas.

—Pues bien—exclamó Cristiana,—mirad.

Y levantando la mano, señaló el retrato que colgado de la pared estaba y tanto había conmovido á Lotario y llamado asimismo la atención de Federica á su llegada al castillo.

—Ese retrato...—dijo la joven.

—Ese retrato—continuó Cristiana en voz solemne—es el de mi hermana. ¿No os ha llamado la atención su parecido á vos? ¿Y tal parecido no os ha dicho que vos pertenecíais á la familia?

—¡Oh! señora, ¿pero entonces?...

—¡Federica, mírame, abrázame! ¡soy tu madre!

Cristiana profirió estas palabras con arranque tal y tal gesto, que la joven se sintió conmovida hasta lo más íntimo de sus entrañas.

—¡Madre mía!—exclamó la joven, arrojándose, riendo y llorando, en brazos de Cristiana.

—Sí—repuso ésta cubriendo de besos á Federica;—sí, hija mía, mi tesoro. No quería decírtelo por causas que sabrás más adelante; pero no he podido resistir. El encontrarte recelosa era peor que si no te hubiese encontrado.

—¡Madre querida!—decía la joven en medio de un raudal de lágrimas y transportes de gozo—os habéis hecho esperar diez y siete años; pero una voz me decía siempre que volveríais. ¡Qué dicha! ¡tengo á mi madre! ¡Estáis aquí! ¡Oh madre mía de mi alma! ¡cuán dichosa soy en veros!

Cristiana sólo respondía con besos y lágrimas á las palabras de su hija.

Gretchen, para dejar á las dos mujeres que con toda libertad se entregasen á tales efusiones, había ido á arrodillarse y á orar en uno de los rincones del saloncito.

—¿Así pues, ese retrato es el de mi tía?—preguntó la joven.

—Sí, alma mía, de la madre de Lotario, que es tu primo.

—¿Y mi padre?—preguntó Federica—nada me decís de él. ¿Acaso murió?

—No, vive.

—¡Ah! ¿conque también voy á conocerle? ¡Cuán bondadoso es Dios!

—Ya le conoces—profirió Cristiana.

—¿Que yo le conozco?—dijo Federica.

—Sí, y á Dios gracias puedo decirte quien es, ya que Aquel en su infinita bondad para con nosotros no le ha imbuído sino la única ternura que podía y debía sentir por ti, y por ende ha permanecido padre tuyo.

—¿De quién me estáis hablando?—preguntó Federica con desasosiego.

—Hija mía, no te turbe la noticia que voy á comunicarte. Dios nos ha sacado en bien en lo pasado, y en este momento se está arreglando lo porvenir. Nada te desasosiegue. Tu padre... tu padre es el conde de Eberbach.

—¡El conde!—exclamó Federica poniéndose intensamente pálida.

—Sostégate, bien mío; te repito que todo se arreglará en beneficio de tu dicha. Anularemos este matrimonio y casarás con Lotario. Ea, me tienes á tu lado, y ya no debes experimentar cuidado ni pesadumbre: yo les cerraré el paso.

—¿Luego mi padre ha ignorado hasta hoy y por completo mi existencia?—preguntó la joven.

—Ni siquiera sabía que hubieses venido al mundo. ¡Oh! sería una historia demasiado larga de contar. Ya la sabrás más adelante. Tu padre y yo hemos vivido mucho tiempo separados. Me creía muerta. Pero no me preguntes ahora cómo y porqué ha sucedido esto. No removamos ese pasado terrible y doloroso. Mas ya tu padre sabe que estoy viva, pues hemos vuelto á vernos y nos hemos conocido.

—Sí, pero aun cuando quiera ¿podrá?—arguyó Federica.—Ante Dios, la ley y la sociedad, es mi marido. ¿Le será dable alegar que soy hija suya? Excepto para Dios, estaría yo perdida para siempre. ¡Dirán que vos sois su esposa y que se ha casado dos veces! Ya veis, madre, que no hay escapatória y que mi desventura es cierta. Vos os afanáis por consolarme, pero mi desdicha es superior á vuestro afecto y á vuestra abnegación.

—La crisis es penosa, en efecto—dijo Cristiana;—pero cálmate, hija mía, la venceremos.

—¿Cómo?

—Tu padre lo sabe.

—¿Y no os lo ha dicho?

—No.

—Entonces no os ha manifestado tal, sino para tranquilizaros, como lo estáis haciendo vos conmigo en este instante. De no, os lo habrfa dicho; no se andaría con misterios.

—Te repito que él lo sabe. Me habló de modo que, te lo juro, no daba lugar á duda.

—Por más que él y vos me digáis—insistió Federica,—conozco que nos encontramos en una situación de la que nunca podremos salir.

—Escucha—dijo Cristiana:—tu padre nos está aguardando en París. Es menester que nos reunamos á él para cuidarle ante todo. Tú eres su hija, yo su esposa; las dos trabajaremos á porfía para arrancarle su secreto, y nos lo dirá.